



I Sección: Historia y vida política

Los códices mayas, fray Diego de Landa, la literatura maya colonial y la historia reciente del desciframiento de los jeroglíficos mayas

Juan Carlos Solórzano Fonseca
Universidad de Costa Rica

San Pedro, San José, Costa Rica

jcsolorzanof@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-1431-9704>

Recibido: 01 de abril del 2022

Aceptado: 02 de mayo de 2022

Resumen: En el siglo XVI, los españoles hallaron en Yucatán libros o códices de los mayas cuyos textos estaban escritos en jeroglíficos. El fraile Diego de Landa quemó gran número de estos códices, pero consignó la información en ellos contenida, necesaria para que siglos más tarde Yuri V. Knórosov encontrara la clave para la comprensión de esos textos jeroglíficos. Entretanto, los mayas aprendieron a escribir su lengua con letras del alfabeto latino y lograron expresarse de forma poética y con belleza formal. Durante el siglo XIX se descubrieron las ruinas de las ciudades mayas y comenzaron los intentos por descifrar los textos tallados en sus monumentos de piedra. No sería sino hasta mediados del siglo XX en que finalmente se encontró la clave para acceder al conocimiento semántico de los textos legados por los mayas de la antigüedad.

Palabras clave: Códices; etnohistoria; Historia; mayas; jeroglíficos

The Mayan codices, Fray Diego de Landa, the colonial Mayan literature and the recent history of the decipherment of the Mayan hieroglyphs

Abstract: During the 16th century, Spaniards in Yucatán found a significant number of codices, or pieces of rough materials worked to produce the Mayan manuscripts. Most of these writings were burnt by Fray Diego de Landa, but before proceeding with their final destruction, he transcribed the necessary amount of information that centuries later gave Yuri K. Knórozov the clues to decipher the Mayan hieroglyphs. Throughout Spanish dominion, the Maya learned how to write its own language using the Latin alphabet while they forgot its own scripture system. At the beginning of the 19th century a large number of Mayan ruins of ancient cities were discovered, and soon Scholars started to wonder how to read the inscriptions sculpted in its monuments. This did not would occurred until the middle of the 20th century, when Knórozov discover the way to understand Mayan hieroglyphs.

Keywords: Codices; ethnohistory; History; maya; hieroglyphics



Introducción

Durante un siglo desde que las ruinas mayas fueran visitadas por el estadounidense John L. Stephens y publicitadas en todo el mundo, gracias a las múltiples ediciones de sus libros *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán* en 1842 e *Incidentes de viaje en Yucatán* en 1843 fue poco lo que se avanzó en el desciframiento de la escritura jeroglífica de los mayas. No fue sino hasta mediados del siglo XX que el filólogo ucraniano Yuri V. Knórozov dio con la clave para lograr su interpretación y posterior desciframiento. Pero fue gracias a que pudo disponer de una copia del ejemplar del libro escrito en la década de 1560 por el fraile Diego de Landa, así como copia de alguno de los códices mayas que milagrosamente escaparon a su masiva destrucción por parte de este mismo fraile. Antes que la investigación de Knórozov alcanzase difusión, la rusa-estadounidense Tatiana Proskouriakoff también había logrado algunos avances en la comprensión de los jeroglíficos mayas.

De los códices prehispánicos a los textos mayas coloniales

El aspecto que más llamó la atención a los eruditos desde el siglo XVI fue la existencia del sistema de escritura de los mayas, el cual fue de particular interés para el obispo-fraile y evangelizador franciscano Diego de Landa, pero también para otros estudiosos contemporáneos de este fraile. Estos textos mayas están escritos en jeroglíficos. En su mayor parte provienen del período Clásico (*circa* 250-900 d.C.), aunque también existen algunos más antiguos que proceden del Preclásico tardío (*circa* 400 a.C.-250 d.C.). La mayor parte de los que han sobrevivido a los estragos del tiempo se encuentran registrados en material durable como los monumentos de piedra, vasijas de cerámica y pequeños artefactos. También los mayas mantenían una variedad de registros en libros plegables, conocidos como códices. Algunos de éstos, procedentes del período Clásico han sido rescatados por los arqueólogos, pero en estado de



desintegración y por tanto ilegibles. Los pocos que sobreviven datan de aproximadamente el 1200 d.C. o posteriormente y son del período Posclásico.

Los textos prehispánicos fueron escritos por medio de lo que se denomina jeroglíficos, una serie de signos fonéticos que escribían sílabas de palabras mayas y logogramas que representaban palabras de las lenguas mayas habladas en esos años.¹ El conocimiento del sistema de la escritura maya se perdió durante la conquista española, pero gracias a los esfuerzos de los epigrafistas (especialistas en los antiguos sistemas de escritura), la mayor parte de los textos prehispánicos se pueden leer en la actualidad, con lo cual se accede así a una gran riqueza de información histórica. La lectura de los glifos fonéticos se basa en la comprensión de los lenguajes mayas, tanto como son hablados en la actualidad, así como en la reconstrucción de las antiguas formas de estas lenguas. Los lenguajes mayas constituyen sólo un aspecto necesario para la lectura de los textos mayas prehispánicos o las crónicas mayas de la era de la conquista española. También el estudio de las lenguas mayas de la actualidad permite acceder a creencias ancestrales, costumbres y visión del mundo de los mayas en el pasado (Sharer y Traxler, 2006, 120-121).

Es probable que la primera vez que se mencionaron los “libros” de los mayas fue en 1553, cuando Francisco López de Gómara publicó su obra *Historia general de las Indias con la conquista de México y Nueva España*. En ella, además de hacer referencia a los objetos de oro y plata, piedras preciosas y otros artículos enviados por Cortés al emperador Carlos V, señalaba también que entre éstos se habían incluido “*algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos ... escritos por todas partes ... pero como no los entendieron, no los estimaron*”. Otra fuente (Citado por Eggebrecht, 2001, 398-399) de esos mismos años suministra información más precisa:

Son dignas también de mención unas pinturas que no alcanzan el palmo, dobladas en forma de libro y que se despliegan. Las letras son muy diferentes de las nuestras y recuerdan más bien la



escritura de los (antiguos) egipcios. Los libros están hechos de la corteza de un árbol y recubiertos por una fina capa de un material al estuco. Las cubiertas exteriores son tableros de madera con figuras de hombres y animales y de otros objetos. Se ordenan en líneas regulares y relatan las gestas de antiguos reyes, conocimientos astronómicos, cálculos y los usos de sacrificios y de la sementera.

La palabra maya para escriba, *aj tz'ib* significa “aquel que escribe o pinta” (*tz'ib*).

Fue por el año de 1566 que el fraile Diego de Landa recopiló la información que tituló *Relación de las cosas de Yucatán* (De Landa, 1986). Fue la primera “mina de información” de las costumbres, creencias religiosas e historia de los mayas, a la vez que contiene una explicación detallada del calendario maya, ilustrada con dibujos de los jeroglíficos mayas. En sus páginas el fraile consignó (Grube, 2001, 123), refiriéndose a los “libros” (códices) de los mayas:

Usaban también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas, y sus ciencias, y con ellas, y figuras, y algunas señales en las figuras entendían sus cosas, y las daban a entender y enseñaban.

Es precisamente este interés del fraile por estos códices y lo que pudieran expresar, lo que le llevó a informarse e interrogar a sus colaboradores indígenas sobre los extraños símbolos por ellos empleados para escribir. Y fue así como elaboró lo que él llamó el “alfabeto” de los mayas, gracias a la ayuda de dos interlocutores mayas que estaban familiarizados con la escritura de los jeroglíficos. Landa, como se verá, intentó una transcripción abecedárica para la escritura maya con el fin de proveer una clave para su desciframiento y traducción. Aunque inexacta, la información dada por el fraile sería posteriormente crucial para el desencadenamiento de la comprensión de la escritura maya.

Pero una de las primeras preocupaciones de los frailes españoles después de la conquista, fue la de enseñar a los escribas mayas a escribir su propia lengua empleando la ortografía europea, en vez de los jeroglíficos indígenas. Los



sistemas que desarrollaron se basaban en la escritura española, aumentada con unas pocas nuevas letras y signos diacríticos. Estos sistemas ignoraron algunas diferencias en los lenguajes nativos, en particular el característico tono del maya yucateco. Este sistema sobrevive en la actualidad; pero ha sido modificado con caracteres modernos, aunque esencialmente es un descendiente directo de las versiones coloniales. Los mayas, aunque supuestamente los frailes les enseñaron este nuevo sistema de escribir con fines de su cristianización, pronto lo emplearon para registrar sus profecías, mitos, rituales, acontecimientos cotidianos y sinopsis de su propia historia y así se perdió la costumbre de recurrir a su propio sistema de escritura.

Cierto número de manuscritos nativos fueron escritos en Yucateco pero con caracteres latinos, incluyendo *Los Libros del Chilam Balam*. Siendo que *Chilan* (cambiada la *n* por *m*, en tanto que precede a una *b*) se refiere a un sacerdote nativo o un chamán y *Balam* a “jaguar”, el cual era un nombre personal prestigioso, así como un título en Yucatán. Estos libros, conservados por los líderes religiosos locales, se distinguen unos de otros por el nombre de su pueblo de origen. Los más importantes son El Libro del Chilam Balam de Maní, de Tizimín, de Chumayel, de Kaua, de Ixil y de Tusik, así como el Códice Pérez, el cual constituye una compilación realizada en el siglo XIX de otros hoy día desaparecidos.

Para la información histórica, la sección más importante del Libro del Chilam Balam es *u k'ahlay k'atunob*, el cual de manera breve expone los acontecimientos principales del pasado yucateco en el contexto de una visión cíclica de la historia. Cinco recuentos históricos se conservan: uno en Maní, uno en Tizimín y tres en Chumayel. Los almanaques astrológicos y numerológicos encontrados en Los Libros del Chilam Balam se asemejan fuertemente a aquellos que sobreviven en los libros o códices prehispánicos. Entonces, hay poca duda de que estos escritos que datan del período colonial español constituyen en gran parte traducciones de fuentes previas prehispánicas hoy día perdidas. Por otro lado, existe una



considerable influencia colonial en Los Libros del Chilam Balam, incluyendo préstamos de palabras del Castellano y conceptos de origen europeo. Aún más, cada narración fue influenciada por motivaciones políticas de los gobernantes de los respectivos pueblos. Entonces, Los Libros del Chilam Balam están sometidos a sesgos culturales y políticos, como otros textos coloniales, pero también prehispánicos.

Los maya k'ichés de las tierras altas de Guatemala tuvieron también una rica tradición literaria que sobrevivió entrada la época colonial. El *Popol Vuh* (Libro del Consejo) k'iché es no sólo el más sobresaliente trabajo de literatura maya, sino igualmente una de las más brillantes obras producidas por los indígenas americanos. Es un poema de más de nueve mil líneas en el que se presenta la cosmología, la mitología e historia tradicional de los k'ichés, uno de los más poderosos pueblos de las tierras altas mayas durante el Posclásico.

La elegancia del lenguaje y el estilo literario del *Popol Vuh* enfatiza en la pérdida que los k'ichés y toda la humanidad sufrieron debido a la aniquilación del conocimiento maya durante la era colonial. La estructura poética del *Popol Vuh*, es semántica y gramática más que fonética. Hay poco uso del ritmo y de la aliteración o métrica; por el contrario las elaboradas coplas y tercetos están contruidos en líneas semánticamente y gramaticalmente paralelas. El *Popol Vuh* ha sido esencial para la reconstrucción de la historia k'iché durante el Posclásico y en general para la comprensión de la ideología maya.

El *Popol Vuh* fue escrito durante el siglo XVI en Utlán, la capital k'iché, por escribas indígenas que habían sido instruidos por los españoles y en el que se emplea una combinación de fuentes orales y escritas prehispánicas. También muestra evidencia de influencia colonial española. El manuscrito fue sin duda copiado varias veces y el original se perdió hacia mediados del siglo XIX. Fue descubierto por el abate belga-flamenco Basseur de Bourbourg una de las figuras descollantes de la tradición archivística, un clérigo que recolectó las tradiciones orales de los mayas de las tierras altas de Guatemala. En Europa también escuchó



minuciosamente documentos de los períodos de la conquista y colonial en los archivos españoles. Fue precisamente en Madrid donde redescubrió una copia del texto del fraile Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, publicándolo en el año de 1864.

El abate Charles Brasseur de Bourbourg fue sacerdote en el pueblo de Rabinal, Guatemala; allí descubrió la única copia conocida original del *Popol Vuh*, hoy día conservada en la Biblioteca Newberry en Chicago. Brasseur también dio a conocer los *Anales de los Cakchiqueles* (una historia de los kaqchiqueles); el *Rabinal Achi* (una danza-drama k'iché que Brasseur transcribió a partir de una actuación de la obra); una porción del *Código Madrid* y el *Diccionario de Motul*, un diccionario colonial yucateco. Y para culminar su gran investigación, Brasseur descubrió la única copia sobreviviente de la *Relación de las cosas de Yucatán*, un único recuento de la historia y sociedad maya que data del siglo XVI, el cual se ha acreditado al obispo-fraile Diego de Landa, aunque últimamente, debido a evidencias nuevas, parecería que dicha *Relación* en realidad constituye una combinación de trabajos de diferentes autores, pero que se sigue atribuyendo a De Landa, por razones de conveniencia simplificadora al momento de citarla. Esta *Relación* incluye lo que se ha llamado un “alfabeto” de los glifos mayas que constituyó un elemento clave para el desciframiento del antiguo sistema de escritura maya. Todos estos trabajos, junto con otros documentos fragmentarios tanto de las tierras altas como de Yucatán, constituyen fuentes de información de gran valor acerca del lenguaje, la historia y las instituciones sociales y políticas, así como de la religión y otros aspectos de la manera de vivir de los mayas de la antigüedad (Sharer y Traxler, 2006, 120-125).

Pero De Landa estaba más preocupado en evangelizar a los indígenas a quienes intentó convertir por la fuerza, utilizando métodos tan violentos que le valieron las críticas de otros franciscanos, como el obispo Toral quien señalaría que:



en lugar de doctrina, los indios han tenido ... miserables tormentos, y en lugar de les dar a conocer a Dios, los han hecho desesperar y en lugar de los atraer al gremio de nuestra madre Santa Iglesia de Roma, los han echado a los montes; y lo que es peor que quieren sustentar que sin tormentos no se les puede predicar la ley de Dios, lo cual reprueba la Santa Madre Iglesia. (Toral, Francisco, 1963).

De Landa, además, tomó la decisión, en junio de 1562, de quemar en el pueblo de Maní, los escritos decomisados a los indígenas:

Hallámosles grande numero de libros destas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio se les quemamos todos, lo cual a maravilla sentían, y les daba pena (Grube, 2001, 123).

Los mayas debían pensar que su memoria escrita desaparecía en la quema de sus libros, puesto que por medio de sus escritos lograban la transmisión y acumulación del conocimiento de generación en generación. Los mayas desarrollaron un sistema de escritura notable, pero no fue el único en Mesoamérica. De hecho, el sistema de escritura maya estaba entrelazado con el de sus vecinos mixe-zoque, quienes desarrollaron un sistema de escritura durante el Preclásico tardío. Los zapotecas de Oaxaca también desarrollaron un sistema de escritura que surgió en torno al 500 a.C. en el período Preclásico tardío; los mixtecas y los mexicas también registraron información histórica y comercial empleando un sistema de escritura pictórico, el cual estaba menos vinculado al sistema de escritura hablado, propio de los mayas. En cuanto al sistema de escritura maya este se desarrolló y cambió a lo largo de cerca de dos mil años. Sin embargo, el sistema de escritura maya fue fonético a diferencia del de los mixtecas y zapotecas, el que por su naturaleza pictórica permitía ser entendido una vez comprendidas ciertas convenciones ortográficas básicas. Pero el sistema fonético tiene la ventaja de ser relativamente fácil de aprender y ser eficiente y preciso en el significado. En cambio, el sistema de escritura de mixtecos y



mexicas era bueno para el manejo del comercio y el registro de tributos para los Estados multiétnicos en expansión de ambos pueblos mesoamericanos.

Aunque los conquistadores españoles se encontraron con una escritura jeroglífica en pleno uso, convencidos de que los libros y los escritos mayas eran un obstáculo para su dominio de los mayas y su evangelización, se propusieron destruir los testimonios de su cultura. Los miembros de la nobleza maya que sabían escribir fueron reeducados en monasterios y se les prohibió la utilización de la vieja escritura. Así, el uso y conocimiento de la escritura jeroglífica se extinguieron al cabo de pocos años. En adelante los mayas continuaron consignando por escrito su propia literatura, pero lo hicieron empleando caracteres latinos. La escritura jeroglífica se mantuvo hasta el año de 1697 pero en territorios aislados de la dominación española, en la región del Petén donde se utilizó hasta la caída de Tayasal la capital de los itzáes en el lago de Petén Itzá. Un año antes, el fraile Andrés de Avendaño y Loyola quien estuvo en la ciudad, habló con asombro de la gran importancia que la escritura y los libros tenían para los mayas itzáes (Grube, 2001, 115).

Los escasísimos códices mayas prehispánicos sobrevivientes a la conquista española

Al momento de la conquista española, entonces, la enorme herencia de dos mil años de conocimiento registrado por los escribas mayas usando textos e imágenes pintadas con pinceles en las páginas de los códices o libros cuyas páginas de papel se doblaban como el fuelle de un acordeón y fabricados de corteza de árboles recubiertos con una fina capa de cal, terminaron destruidos por el fuego. Los que escaparon a la destrucción inicialmente terminaron olvidados y desintegrados por los rigores del clima con el paso del tiempo. Por una extraordinaria suerte, algunos fueron enviados por las autoridades coloniales hacia Europa. Tres de estos libros prehispánicos que datan del período Posclásico



sobreviven en el Viejo Continente, los que se conocen con los nombres de códices de Dresde, Madrid y París.

El Códice de Dresde también conocido como *Codex Dresdensis*, data con toda probabilidad del siglo XI o XII d.C. Fue comprado para la Biblioteca de Dresde en 1739 por su director, Johann Christian Götze, quien lo encontró en una biblioteca privada en Viena. Se desconoce la historia de cómo fue a parar a esta ciudad. Sin embargo, es probable que el libro haya sido enviado al emperador Carlos V, gobernante de España y Austria al momento de la conquista española, puesto que en ese momento residía en Viena. Hernan Cortés envió ejemplares de estos libros mesoamericanos a Carlos V en 1519, así como gran parte del así llamado “tesoro de Moctezuma”, originalmente regalos para Cortés. También cinco cartas de Cortés a Carlos V fueron descubiertas en Viena. Aunque el Códice de Dresde sufrió daños por agua como consecuencia de los bombardeos de esa ciudad durante la Segunda Guerra Mundial, ha sido restaurado.

Originalmente, el manuscrito había sido doblado en forma de acordeón. En la actualidad, se exhibe en dos partes, cada una con una longitud de aproximadamente 1,8 metros, en el museo de la Biblioteca del Estado de Sajonia, en la ciudad de Dresde Alemania. El documento ha jugado un papel clave en el desciframiento de los glifos mayas. Tiene un total de 78 páginas sobre 39 hojas, con una longitud total de 3,56 metros. Cuatro de las páginas están vacías. Cada una de las hojas mide 20,5 cm por 10,0 cm. Desde 1835 ha sido exhibida en dos partes, cada una conservada entre paneles de vidrio. La primera parte contiene 20 hojas, la segunda 19. El código fue escrito por seis escribas diferentes. Cada uno tenía su propio tema, estilo de escritura y glifos. Las imágenes de los códices fueron pintadas con una claridad extraordinaria utilizando pinceles muy finos. Los colores básicos, hechos de tinturas vegetales, eran de color rojo, negro y azul maya.

Han sido decodificados alrededor de 250 de los aproximadamente 350 signos del código. La mayoría se refiere a las figuras adjuntas y comentan sobre



las imágenes en frases cortas. También hay números, formados por tres símbolos: barras (cinco), puntos (uno) y conchas estilizadas (cero). Contiene tablas astronómicas de una precisión extraordinaria. Es particularmente famoso por su serie lunar y los ciclos venusianos. La serie lunar tiene intervalos que se correlacionan con eclipses. Contiene también almanaques, tablas astronómicas y astrológicas, y horarios rituales (Grube, 2012).

Algunos investigadores consideran que el Códice de Dresde constituye uno de los libros que escapó al fuego en el auto de Maní organizado por De Landa en 1549. Como se dijo, este códice fue adquirido en Viena, en el año de 1739 y fue descrito ya en ese entonces como *“la obra más sobresaliente de la parte occidental del planeta conocida hasta el momento”* (Eggebrecht, 2001, 399). La publicación de parte de este códice la realizó el estudioso alemán Alexander von Humboldt a comienzos del siglo XIX, quien reprodujo cinco páginas del códice en la edición de sus trabajos, resultado de sus investigaciones en el continente americano durante sus viajes (1799-1804). Dada la popularidad de que gozara el erudito alemán, el códice con sus jeroglíficos de la escritura maya llamó poderosamente la atención entre los estudiosos de comienzos de esa centuria.

El Códice de París fue redescubierto por Léon de Rosny en la Bibliothèque Nationale de Paris en 1859 en un canasto de viejos papeles en la esquina de una chimenea, su existencia aparentemente había sido olvidada, una vez que se había descubierto previamente en los siglos precedentes. Constituye sólo un pequeño fragmento de un original mucho más extenso y se encuentra en peor condición que los otros dos códices. La capa de cal se ha erosionado y sólo se conservan los dibujos y los glifos del centro de sus páginas pues muchas han perdido los textos e imágenes superiores e inferiores. Los restos del Códice de París muestran una serie de *katunes* y *tunes* con sus dioses tutelares y ceremonias en un lado, por el otro lado se observa un zodiaco aún no descifrado a cabalidad (Fahsen, F. y Matul, D., 2007).



El Códice de Madrid se encuentra dividido en dos partes desiguales. Fue localizado en España en la década de 1860. Aunque los fragmentos provenían de diferentes lugares, Léon de Rosny se dio cuenta de que constituían partes de un mismo manuscrito. La sección de mayor extensión fue publicada por Basseur de Boubourg; la porción más pequeña fue vendida en 1875 al Museo Arqueológico de Madrid, el cual posee las dos partes. La porción pequeña parece proceder de Extremadura y se cree que, puesto que el conquistador de Yucatán, Francisco de Montejo procedía -al igual que muchos de sus soldados- de esta provincia española, entonces alguno de sus hombres lo pudo haber traído a España.

El manuscrito de 112 páginas pintadas (56 en el anverso y 56 en el reverso), con formato plegable, muestra un buen número de imágenes en las que se representan diversas actividades: plantar milpas de maíz,² poner trampas y cazar venados o llevar a cabo rituales sagrados.

La evidencia apunta a que los tres códices son de origen prehispánico y se considera que los tres provienen de Yucatán; estos códices no tratan de temas históricos, sino que contienen almanaques con textos, fechas calendáricas y dibujos de actividades tales como la siembra y cosecha de plantas, así como de ceremonias religiosas. Las investigaciones realizadas proponen que los almanaques fueron empleados para programar acontecimientos estacionales y ceremoniales dentro de los ciclos de 260 días (calendario Haab) y del calendario de 52 años o calendario circular. Por otra parte, el Códice de Dresde es principalmente un tratado de adivinación y astronomía. El Códice de Madrid trata de horóscopos y almanaques empleados para ayudar a los sacerdotes mayas en sus adivinaciones y ceremonias, pero tiene pocas tablas astronómicas. Lo que se conserva del Códice de París es también ritualístico, una parte dedicada completamente a la secuencia de un k'atún y sus deidades patronas, como sus ceremonias, pero contiene también un zodiaco maya.³

El clima en la mayor parte del área maya es muy húmedo para permitir que sobrevivan libros enterrados, pero es claro que los reyes y sacerdotes del período



Clásico disponían de bibliotecas de códices. Fragmentos de códices identificados han sido encontrados en tumbas del período Clásico en Uaxactún, Altún Ha y Guaytán. Otro pequeño fragmento de un códice más antiguo se encontró en El Mirador, la enorme ciudad del Preclásico ubicada en el Petén. Por lo general, en estos restos de códices ya se ha destruido el papel y la fina capa de cal se ha mezclado para formar un bloque sólido; por lo tanto nada rescatable se puede obtener de ellos. Un último códice o fragmento ha sido encontrado en la segunda mitad del siglo XX. Se le conoce como el Códice Grolier pues originalmente apareció en el Club Grolier de Nueva York, donde fue mostrado primeramente. Luego fue a una colección privada y hoy se encuentra en la Ciudad de México en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Aunque el papel de corteza de árbol dio (mediante el análisis de radiocarbono) una fecha que se ubica dentro del período Posclásico, algunos investigadores consideran que es falso y que fue pintado sobre papel antiguo, el cual se ha encontrado en diversas tumbas, sin dibujos. Se le considera un almanaque de Venus pero tratado de manera simplista, sin augurios negativos ni positivos como los otros almanaques en los códices analizados atrás. Quienes lo consideran auténtico, lo sitúan elaborado en el siglo XIII y con más precisión, en el año 1230 d.C. (Blakemore, 2016).

Los jeroglíficos mayas tallados en piedra y hueso o pintados en cerámicas o estuco en murales

Si sólo existen estos cuatro códices mayas que llegaron hasta nuestros días, no ocurre lo mismo con los textos mayas escritos en material más permanente como la piedra o la cerámica, aunque han sido objeto de saqueadores de tumbas y ruinas de ciudades perdidas en la selva. Es probable que ninguna civilización prehispánica haya superado a los mayas en la cantidad de monumentos, palacios, juegos de pelota, estelas, etc. elaborados en piedra. Ya en el propio libro atribuido al fraile-obispo Diego de Landa se afirmaba:



Si Yucatán hubiere de cobrar nombre y reputación con muchedumbre, grandeza y hermosura de edificios, como lo han alcanzado otras partes de las Indias con oro, plata y riquezas, ella hubiera extendídose tanto como el Perú y la Nueva España, porque es así en esto de edificios y muchedumbre de ellos, la más señalada cosa de cuantas hasta hoy en las Indias se han descubierto, porque son tantos y tantas las partes donde los hay y tan bien edificadas de cantería, a su modo que espanta...” (Eggebrecht, 2001, 400).

Los textos más tempranos encontrados son los labrados en monumentos de piedra y datan del Preclásico tardío. No obstante, también se han encontrado textos en pequeños objetos, tallados en hueso o bien pintados en murales como los encontrados en el sitio de San Bartolo en Guatemala, que datan del Preclásico tardío. La mayoría de los textos que sobreviven y que datan del período Clásico se encuentran tallados en monumentos como las estelas o bien al interior de los edificios de piedra en dinteles, paneles, paredes, etc. También fueron elaborados en estuco en las fachadas de los edificios. En Tikal y en algunos otros sitios, han sobrevivido los dinteles de madera con textos tallados. En algunos sitios, en especial en la región del Usumacinta, los escultores de monumentos firmaban sus trabajos, incluso con los títulos como artesanos reales de los reyes. Muchos textos cortos fueron tallados en huesos, cerámica o bien objetos pequeños de piedra. En otros casos, los textos fueron pintados en murales y en elaboradas vasijas de cerámica. Una serie de extraordinarios textos tallados en hueso fueron encontrados en excavaciones de un entierro que data del Clásico tardío, en Comalcalco, un sitio de gran tamaño en el actual estado de Tabasco. Pero, con excepción de unos pocos textos breves tallados o pintados, el *corpus* de los escritos del Posclásico proviene de los códices mencionados.

Gracias a los trabajos extraordinarios realizados por Teobert Maler, Alfred P. Maudslay, Sylvanus Morley, Ian Graham y otros esforzados arqueólogos, la mayor parte de los textos inscritos en piedra encontrados han sido catalogados, aunque nuevas inscripciones son descubiertas constantemente en la actualidad. Hoy día



gracias a la fotografía digital y a internet se facilita el acceso a estos textos. Ian Graham y otra serie de investigadores del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, han publicado los dibujos y las fotografías de las inscripciones recopiladas en un *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions*. Fotografías que desenrollan las inscripciones de las vasijas de cerámica, incluidas las que poseen textos están hoy disponibles en versiones de sitios *web* en línea, así como diccionarios de glifos y guías para el estudio de la escritura jeroglífica maya.

El desciframiento de los jeroglíficos mayas

Fray Diego de Landa, quien quemó en la hoguera cientos de códices en el pueblo de Maní, paradójicamente incluyó en el libro *Relación de las cosas de Yucatán*, la información vital sobre la escritura maya que posteriormente abriría la vía para su desciframiento. Se considera que parte de lo transcrito por el fraile-obispo constituye la traducción de una fuente escrita en maya-yucateco, empleando caracteres del alfabeto español. Gracias a lo transcrito por De Landa, se dispone de la compilación más importante del calendario maya, junto con los signos mayas de los veinte días, los así llamados dieciocho winales de veinte días y lo que él llamó el “alfabeto maya”. Después de la muerte de De Landa en 1573, el manuscrito original fue conservado en el convento franciscano de Mérida, donde se perdió. La versión que hoy se conserva constituye una versión abreviada realizada a principios del siglo XVII, conservada en Madrid, la que descubrió Brasseur de Bourbourg, publicada por vez primera en 1864. Pero en los tres siglos transcurridos entre la muerte de De Landa (1573) y la muerte de Brasseur (1874), nada fue lo que se adelantó en el estudio de la escritura maya. No obstante, sí había empezado el interés por compilar y documentar las inscripciones, lo cual habría de ser crucial para los investigadores posteriormente.

Dos años más tarde de la publicación de la *Relación*, Brasseur descubrió una parte del Códice Madrid, el cual reconoció como maya, dado el conocimiento que ya tenía del trabajo de De Landa. En los años de 1869 y 1870, Brasseur publicó el



fragmento del códice junto con su interpretación, basada en el manuscrito del libro de De Landa. Brasseur fue capaz de reconocer los signos de los días de De Landa, el signo para la luna y la anotación de puntos y barras para los números. No obstante, falló completamente en sus conclusiones acerca de los signos fonéticos. Otros investigadores como Léon de Rosny o Cyrus Thomas también fracasaron en sus intentos por descodificar el sistema de escritura maya, basados en el así llamado “alfabeto” de De Landa incluido en su libro.

Al comenzar el siglo XX las partes astronómicas y calendáricas de los textos mayas ya eran bien comprendidas, comparativamente con los intentos infructuosos de lectura de los jeroglíficos. Entretanto, en 1876 De Rosny descifró los cuatro glifos de las direcciones de los puntos cardinales. Tanto él como Brasseur de Bourbourg tuvieron un cierto éxito en las interpretaciones calendáricas y astronómicas.

Entre los grandes avances en la lectura calendárica se encuentra el realizado por Ernst Förstemann (1822-1906), director de la Biblioteca de Dresde y un exitoso filólogo. En 1880 Förstemann comenzó a estudiar el Códice de Dresde y otros textos que lo habrían de mantener ocupado el resto de su vida. Publicó un perspicaz análisis sobre este códice y muchos artículos. Förstemann identificó los signos de los meses de De Landa, los signos para “cero” y “veinte”, así como explicó los almanaques abreviados en los códices e interpretó la anotación vigesimal y posicional maya. También las tablas de Venus en el Códice de Dresde y la Cuenta Larga, así como los cálculos relativos a las revoluciones del planeta Venus elaborados por los mayas y los calendarios solares y lunares y el calendario ritual del año de 260 días y su base en la fecha 4 Ajaw 8 Kunk’u.⁴ Determinó igualmente el orden básico de lectura de los textos, el cual fue descubierto de manera independiente por otros, entre estos Cyrus Thomas.

Förstemann determinó los signos para los períodos de tiempo y sus variantes glifos de cabezas,⁵ como los así llamados números de distancia (aquellos para fechar hacia atrás o hacia adelante a partir de una fecha ya inscrita). En 1905



pudo establecer una correlación entre las cifras mayas y las fechas del calendario cristiano. Aunque quedaban muchos problemas sin resolver, fue este el primer auténtico gran progreso en la datación de las civilizaciones antiguas de Mesoamérica. Una vez lograda una datación a escala local, se pudo, por medio del reconocimiento de similitudes en la cerámica, la escultura y la localización de objetos de procedencia maya en otras regiones de Mesoamérica, iniciar una cronología detallada para el período Clásico. Sin embargo, este temprano desciframiento tuvo como consecuencia negativa el que algunos investigadores de manera equivocada creyeron que todas las inscripciones mayas concernían exclusivamente a aspectos calendáricos, astronómicos y rituales (Demarest, 2004, 47).

Al tiempo que Förstemann llevaba a cabo sus investigaciones, otro investigador, J. Thomas Goodman, quien había sido propietario y editor del periódico *Territorial Enterprise* en Virginia City, Nevada, publicó en 1897 un importante trabajo en el que muchos de los descubrimientos de Förstemann eran presentados como propios. Se desconoce si conocía o no los trabajos del investigador alemán, pero Goodman llevó a cabo varios importantes descubrimientos, como los así llamados glifos de cabeza, variantes de los números mayas. En 1905 también estableció la correlación entre los calendarios mayas y occidental, el cual es aceptado en la actualidad, aunque conocido como la correlación Goodman-Martínez-Thompson (GMT), debido a las pequeñas modificaciones que estos últimos autores introdujeron.

La investigación de los mayas de la antigüedad a fines del siglo XIX tomó dos direcciones, dado el interés particular de los investigadores: por un lado, los arqueólogos exploradores, y por otro los archivistas, estudiosos de los textos, dibujos y jeroglíficos tallados en piedra, o pintados en vasijas, así como de los sobrevivientes escasos códices, elaborados con la corteza de árboles, igual que de los relatos de clérigos y conquistadores, tales como el del obispo-fraile Diego de Landa. Esta segunda vertiente condujo a la actual profesión de los



ethnohistoriadores, es decir de los estudiosos de los documentos coloniales y de las tradiciones orales de los mayas, recopiladas durante el siglo XVI. Por otro lado, dio lugar a los epigrafistas, aquellos estudiosos que descifran e interpretan los antiguos textos jeroglíficos y los códices. También en esta tradición se incluyen los historiadores de arte quienes se esfuerzan por decodificar el significado de las complicadas imágenes esotéricas que cubren los antiguos monumentos mayas, edificios, cuencos de cerámica y otros artefactos.

Los primeros intentos para descifrar los textos mayas se llevaron a cabo en el siglo XIX, pero con excepción de la comprensión del sistema calendárico, el progreso fue muy lento hasta mediados del siglo XX. Durante décadas la mayor parte de los epigrafistas estuvieron convencidos de que el sistema de escritura de los mayas era logográfico y que por tanto la mayor parte de los glifos eran palabras mayas completas.⁶ Se descartó que fuese un sistema fonético, puesto que los aproximadamente 800 glifos identificados en los escritos excedían el número necesario para un sistema fonético. Por su lado, un sistema alfabético requeriría cerca de 30 signos para representar las consonantes y las vocales, en tanto un sistema silábico requeriría alrededor de 125 signos para representar el inventario de las combinaciones de las consonantes y vocales mayas. Por otra parte, el inventario de 800 glifos era inferior a un sistema de escritura logográfico como el chino, con sus 12 000 caracteres. Como resultado se pensó entonces que el sistema de escritura maya constituía un sistema logográfico limitado, con un uso restringido a textos calendáricos y astronómicos.

En la actualidad se sabe que el sistema de escritura maya empleó tanto signos logográficos como fonéticos y en tal sentido, el número de los glifos mayas es comparable a otros sistemas de escritura mixtos. En general, los principales signos de la escritura maya representan logogramas y los llamados afijos (pequeños elementos unidos al signo principal) representan tanto complementos fonéticos como gramaticales, pero hay muchas excepciones. Algunos signos tienen tanto valor logográfico como fonético. Así, por ejemplo, un glifo puede



significar una cosa, pero en otro contexto puede significar el sonido de parte de la palabra que tiene un signo logográfico.

El desciframiento del sistema logográfico y fonético llevó muchos años de investigación y ha representado los esfuerzos de muchos estudiosos. Cerca del 80% de los glifos más comúnmente utilizados por los mayas han sido descifrados. Este sistema de escritura como todas las escrituras, evolucionó a lo largo del tiempo. El mayor *corpus* de textos procede del período Clásico, razón por la que los glifos de este período han sido objeto de mayor investigación y es mejor comprendido que los textos posteriores. Por su parte, los textos que proceden del Preclásico son los más difíciles de leer. Los avances en el desciframiento de la escritura maya se llevaron a cabo a fines de la década de 1950 y tuvieron como punto de partida, la comprensión de que las inscripciones eran registros históricos. Estos desarrollos los iniciaron Heinrich Berlin y Tatiana Prouskouriakoff, en tanto que la primera demostración convincente de que los escritos mayas incluían un componente fonético, la realizó Yuri V. Knórozov.

Proskouriakoff fue la primera en percibir el carácter histórico de los textos y representaciones de personajes, al señalar que en la vida de un gobernante, el nacimiento y su acceso al poder son acontecimientos trascendentales. Con su investigación, transformó el estudio de los textos mayas de una lista de fechas estériles a historias de las vidas de los reyes y reinas mayas. Proskouriakoff descubrió que el tiempo comprendido por cada grupo de estelas de Piedras Negras no excedía los sesenta años, el tiempo normal de una vida humana. En una serie de lógicas conclusiones basadas en sus intuiciones brillantes, Proskouriakoff propuso que cada grupo de inscripciones documentaba la vida de un gobernante de Piedras Negras; que la fecha inicial registra su nacimiento; que la fecha inaugural registra su acceso al poder; que los aniversarios de esas fechas eran posteriormente celebrados durante su reinado; que las imágenes de mujeres representadas eran las esposas de los gobernantes, o en el caso de que aparecieran dos mujeres, éstas eran su esposa y su hija; que sus nombres y



títulos venían en seguida de los glifos de nacimiento e inauguración; que los nombres de las mujeres están precedidos de un glifo prefijo con una cara de mujer con un característico mechón de pelo. De hecho, hay diversos glifos que designan títulos para las mujeres de la élite. El descubrimiento de Proskouriakoff mostró, de manera inequívoca, que las inscripciones jeroglíficas de los mayas efectivamente informaban de la vida y de la historia de reyes y que por ello cuando se descifrara su significado se avanzaría en la comprensión de la historia de las ciudades mayas. Dedujo que los edificios asociados a las estelas habían sido construidos por estos gobernantes, en algunos casos como sus tumbas. Proskouriakoff mostró también evidencia similar para otros sitios y luego de la publicación de sus descubrimientos iniciales en 1960, realizó un detallado estudio de las inscripciones del sitio de Yaxchilán, identificando los glifos de muerte, captura y captor, así como demostró la relevancia de sus interpretaciones para determinar la interrelación entre los sitios. Las investigaciones de Proskouriakoff se convirtieron en un estímulo fundamental para el avance del desciframiento de la escritura maya.

Los descubrimientos de Proskouriakoff en realidad no significaron que podía leer las palabras mayas, lo que ella logró fue interpretar el significado de los glifos, pero sin deletrear las palabras mayas. La diferencia entre las interpretaciones semánticas y las lecturas fonéticas es fundamental. Un sistema estrictamente logográfico en realidad tornaría la lectura de las palabras mayas en algo prácticamente imposible. Es evidente que el descubrimiento de un código fonético, sea este silábico o alfabético en un sistema de escritura es lo que hace que sea posible la interpretación semántica. Pero tan recientemente como el año de 1972, un investigador tan importante como lo era el inglés J. Eric S. Thompson, insistía que el sistema de escritura maya no era silábico ni fonético, ni en parte ni en su conjunto. Quizás la única excepción, durante la mayor parte de la primera parte del siglo XX en no aceptar la premisa de Thompson, fue Benjamin Whorf quien planteó en las décadas de 1930 y 1940 que la escritura maya era, hasta cierto



punto fonética (Whorf, 1975). Su trabajo obtuvo cierto apoyo por parte de Alfred Tozzer, en Harvard la principal autoridad en la cultura maya. Thompson rechazó enérgicamente las ideas de Whorf, señalando que dicho sistema de escritura era imposible de descifrar si se intentaba analizar desde una perspectiva lingüística. Por el contrario, Whorf argumentó que era precisamente esa renuencia a aplicar el análisis lingüístico a las lenguas mayas, lo que había frenado su desciframiento. Sin embargo, no se dio cuenta que el sistema era logo-silábico. Pero aunque su enfoque era errado, su afirmación central de que la escritura maya era fonética y que debería ser descifrada como tal, encontraría reivindicación años más tarde.

Hasta mediados del siglo XX, el rechazo fue total para aceptar la idea de que la escritura maya fuese fonética. A finales del siglo XIX esta idea había sido planteada por el entomólogo y etnólogo Cyrus Thomas (1825-1910), pero recibió el rechazo frontal del eminente investigador alemán Eduard Seler (1849-1922), quien gozaba de un enorme prestigio al punto de que Thomas llegó entonces a arrepentirse de sus ideas que sólo muchos años más tarde serían corroboradas por el ucraniano Yuri Knórosov.

Cyrus Thomas fue entonces el primero en señalar que el sistema de escritura maya, como el egipcio, contenía signos fonéticos-silábicos, signos ideográficos o logogramas y posiblemente determinativos semánticos. Afirmó que dicha escritura en unas partes era fonética y en otras su significado era simbólico. O sea, planteaba acertadamente la polivalencia del sistema de escritura maya. Por esta razón, en 1976 el arqueólogo y epigrafista canadiense David H. Kelley (1924-2011) afirmó que Cyrus Thomas tuvo una visión clara de la naturaleza de la escritura maya, más que cualquier otro hombre de su época (Coe, 2010, 119).

Los descubrimientos de Tatiana Proskouriakoff no habían permitido aún que se pudieran leer la mayor parte de los jeroglíficos mayas, en tanto las perspectivas de Thomas y Whorf habían terminado en un callejón sin salida y enfrentadas a un fuerte escepticismo, en particular el rechazo del prestigioso J. Eric S. Thompson, quien no creía que los glifos fuesen realmente signos que representaban palabras.



Entonces fue casi imposible avanzar en el desciframiento de la escritura maya. Nadie se atrevía a desafiar a Thompson quien afirmaba que tales símbolos en realidad no correspondían a sonidos lingüísticos concretos, sino que remitían a ideas de un modo poco preciso, algo parecido a los símbolos empleados en las autopistas o en los aeropuertos internacionales, que se comprenden independientemente de la lengua.

El epigrafista y etnólogo ucraniano Yuri Valentinovich Knórozov (1922-1999) especialista en la escritura maya, habría de ser quien en Rusia desarrollara una investigación que iba totalmente en contra de la idea del logografismo de la escritura maya auspiciada por Thompson. Este investigador había estudiado egiptología, sinología y disponía de gran aptitud para el estudio de las lenguas antiguas y sus sistemas de escritura, especialmente los jeroglíficos, así como era capaz de leer el japonés medieval y literatura árabe.

En 1946, en Moscú, tuvo acceso a ediciones con reproducciones de los códices mayas hasta la fecha conocidos, los de Dresde, Madrid y París. Tales códices como se dijo atrás, contienen una combinación de información astronómica, calendárica y de rituales ilustrados con dibujos de deidades, animales y otras escenas, las cuales aparecen acompañadas de jeroglíficos mayas. Dispuso igualmente de una edición de la obra de fray Diego de Landa, lo que le proveyó la base para llegar a determinar el valor fonético representado por los jeroglíficos. Precisamente su tesis doctoral fue una traducción comentada del manuscrito de De Landa.

Knózorov, se dedicó a estudiar los jeroglíficos de manera sistemática. Calculó que era un sistema de escritura que contaba con cerca de 800 caracteres, lo que le demostraba que no podía ser una escritura alfabética con una correspondencia entre letra y sonido. Tampoco podía ser ideográfica pues tal número de caracteres era imposible diese cuenta de un lenguaje. Llegó a la conclusión de que se encontraba delante de un sistema de escritura similar a otros de la antigüedad en el Viejo Mundo. Por ejemplo, los sumerios de Mesopotamia



empleaban alrededor de seiscientos caracteres. Se trataba de un sistema de escritura que combinaba los caracteres silábicos con los logogramas.⁷

Knózorov pudo demostrar la exactitud de sus reflexiones, apoyándose para ello en los manuscritos en los que había breves textos jeroglíficos junto a la mayoría de las representaciones pictográficas. Entre otras demostraciones, señaló un pasaje del Códice de Dresde en donde una fecha en la que en lugar del número 11 en la notación de barras y puntos, como era habitual, se encontraba un jeroglífico con tres elementos: un signo deteriorado que interpretó como *bu* y bajo este los signos *lu* y *ku*. La palabra maya correspondiente a “once” es *buluk*. Así, consiguió una prueba más de sus desciframientos y de la exactitud de su cálculo metódico (Grube, 2001, 122).

Knózorov descubrió un elevado número de caracteres silábicos y demostró que estos siempre se combinaban entre sí del mismo modo para transcribir palabras mayas. Su conclusión fue que el sistema de escritura maya al ser silábico, cada símbolo representaba una sílaba en la forma de Consonante-Vocal (CV). Los glifos podían así combinarse en la forma CV-CV, pero en la que la última vocal usualmente no debía considerarse a la hora de leerse el texto. Mediante esta clave interpretativa y el estudio de los lenguajes coloniales mayas, los investigadores de manera gradual fueron capaces de descifrar en torno al 70 a 80% de los antiguos glifos mayas en años recientes y de esta forma pudieron leer muchos de los textos históricos correspondientes al período Clásico (Demarest, 2004, 48).

Por convincentes que hoy parezcan las reflexiones y desciframientos de Knózorov, sus propuestas tuvieron al principio un rechazo frontal. Ello en parte debido a que este estudioso estuvo obligado a plantear sus investigaciones envueltas en toda una fraseología de la retórica marxista. A pesar del general rechazo académico en Occidente, ya en la década de 1960 varios investigadores estadounidenses consideraron que Knózorov tenía la pista correcta para descifrar la escritura maya y que esta realmente constituía un sistema que combinaba



logogramas con caracteres silábicos, razón por la cual los especialistas lo identifican como un sistema de escritura mixta (Grube, 2001, 122). Uno de los investigadores que aceptó las ideas de Knózorov fue el canadiense David H. Kelley quien en 1962 escribió *Fonética en la escritura maya*, que proveyó importantes interpretaciones del sistema de escritura de los mayas. Años más tarde, en 1976 escribió *Deciphering the Maya Script*, en el que sustentado en Knózorov añadió unos signos silábicos nuevos a la lista original elaborada por el ruso-ucraniano.

Con la investigación de David H. Kelley, se produjo un gran salto en los descubrimientos por parte de muchos epigrafistas, de manera que en la actualidad el silabario maya de glifos fonéticos se encuentra casi completo, así como la comprensión de las reglas ortográficas. El así llamado alfabeto del fraile-obispo Diego de Landa suministró el punto de partida para el desciframiento de los glifos de la escritura maya. Aunque el punto de partida para descifrar la escritura maya provino del “alfabeto maya” de De Landa, Knózorov pudo darse cuenta que el fraile no preguntó a sus informantes que escribieran los glifos para los sonidos del maya yucateco. Lo que les pidió fue que escribiesen los glifos para los sonidos de los nombres de las letras de nuestro alfabeto castellano. Muchas de estas letras se expresan con palabras monosilábicas, pero no todas tienen el mismo valor fonético que las letras puesto que algunas tienen más de una sílaba, como la *f* y la *h*. Entonces los informantes de De Landa respondieron con los glifos que correspondían a las sílabas que escuchaban pronunciar al fraile-obispo. Así, para la letra *q*, correspondió un glifo que tenía el valor silábico de *ku*. Para la letra *h*, correspondió el glifo que expresaba el sonido *che*, en este caso correspondiente solamente a la segunda sílaba de la palabra *hache*.

El así llamado “alfabeto” de De Landa incluyó sólo uno de los pocos signos fonéticos empleados en la escritura maya. El sistema de escritura maya era un sistema mixto, más complejo que un sistema puramente fonético. Aún en los códices que son por lo general más fonéticos que las inscripciones talladas en



pedra del período Clásico, la ortografía de muchas palabras es sólo parcialmente fonética y gran parte es puramente logográfica. El orden de los glifos mayas en los textos refleja la estructura gramatical de la lengua, pero los textos jeroglíficos pueden ser muy abreviados. Los glifos correspondientes a las partes del discurso: verbos, nombres, adjetivos y partículas han podido ser identificados, así como la lectura de los prefijos y sufijos gramaticales, los tiempos verbales y una variedad de otros detalles gramaticales. También, debido a que el sistema de escritura estuvo en uso por dos mil años se produce lo que se ha llamado “fossilización” de la escritura como ocurre con ciertos idiomas contemporáneos, como en el inglés. Palabras que una vez fueron fonéticamente o pictográficamente representativas de lo que expresaban, pero que con el tiempo, con el cambio del lenguaje perdieron dichas características. Aún más, aunque ciertamente el sistema maya de escritura era logosilábico, posteriormente se tornó crecientemente fonético.

El silabario maya permite a los investigadores leer la mayor parte de los glifos fonéticos. Los logogramas presentan un problema mayor puesto que la mayoría no poseen complementos fonéticos que sirvan de clave para comprender las palabras que representan. Los textos que contienen gran número de sustituciones de glifos fonéticos por logogramas proveen la clave para su desciframiento. En otros casos, los logogramas pueden ser leídos mediante la comprensión de las escenas que acompañan la inscripción. La iconografía de tales escenas constituye una clave esencial para entender el contenido de los textos y en muchos casos, los elementos individuales, tales como implementos y ropa, identificados previamente por medio de comparaciones exhaustivas de tales escenas, resultan estar representados por logogramas individualizados.

En la década de 1970 el desciframiento de la historia maya logró un gran avance gracias a los trabajos de Floyd Lounsbury, Linda Schele y Peter Mathews. Fueron ellos quienes iniciaron la reconstrucción de la dinastía real de Palenque, identificando los nombres de los reyes específicos que precedieron al más grande de los monarcas, Pakal. Otros investigadores continuaron con la tarea de ir



acclarando el rompecabezas que constituye la complejidad de fechas, rituales y referencias a ancestros y deidades de los textos de Palenque, hasta llegar a desvelar la sorprendentemente detallada crónica del pasado mítico e histórico de Palenque. Simultáneamente, el trabajo con la secuencia de otras dinastías también se llevaba a cabo para otras ciudades. En 1986, David Stuart y Linda Shele identificaron al fundador de la dinastía de Copán, K'inic Yax K'uk' Mo'. Menos de quince años más tarde Simon Martin y Nikolai Grube publicaron un compendio de las secuencias dinásticas de los principales reinos mayas del período Clásico, en su obra fundamental, *Chronicle of the Maya Kings and Queens*, publicada en el año 2000 (Martin y Grube, 2002).

El ritmo de los desciframientos se ha acelerado debido al incremento de los especialistas profesionales dedicados a esta investigación, a quienes se le unen muchos aficionados expertos, todos dedicados a esta tarea. Se llevan a cabo talleres anuales y conferencias dedicados al desciframiento de los jeroglíficos mayas. Se realizan publicaciones especializadas que reportan sus resultados, incluyendo *Research Report on Ancient Maya Writing*, que publica el Centro para la Investigación Maya (*Center for Maya Research*), así como varios sitios web que muestran textos mayas y su desciframiento.

Los descubrimientos a menudo generan una reacción en cadena de desciframientos. Así ocurrió cuando Peter Mathews inició una serie de desciframientos cuando leyó los glifos de un carrete o tapón para adorno de oreja excavado en Altun Ha, en Belice. Mathew leyó *u tup*, “su carrete de oreja”, y reveló así la existencia de textos sobre objetos personales, que identifican la posesión de su dueño original, que era una costumbre que Mathew denominó “etiquetar”. David Stuart continuó con la lectura de glifos grabados en huesos de la tumba del gobernante de Tikal, Hasaw Chan K'awiil, con la inscripción *u baak*, “su hueso”. Stephen Houston, Karl Taube y otros, demostraron que esta costumbre también era practicada con los objetos de cerámica, expresado como *u lak*, “su tazón o plato”. El etiquetado también podía expresar el uso del objeto, como en la vasija



del período Clásico temprano que procede de Río Azul, el cual está pintado con glifos que lo identifican como “su frasco de chocolate (*kakaw*)”. Algunos textos en cerámicas se acompañan de nombres y títulos de personajes históricamente conocidos. La lectura de tales textos en las vasijas excavadas arqueológicamente, como las de las tumbas reales de Tikal, han servido para verificar la identidad del gobernante y la función del objeto individualizado.

El reconocimiento de los denominados glifos emblema por parte de Heinrich Berlin inició otra cadena de desciframientos (Berlin, 1958, 111-119). Peter Mathews había propuesto originalmente que los glifos emblema se referían a temas políticos y David Stuart mostró que la lectura fonética del glifo emblema de la ciudad de Yaxhá era *yaxa'* (agua azul verdosa), la primera indicación de que el nombre de una antigua ciudad maya se había mantenido hasta nuestros días. Por su parte, Stephen Houston y David Stuart identificaron los glifos locativos para lugares dentro de las entidades políticas, como en el nombre del sitio que se denomina Aguateca. El glifo para este sitio en lengua maya era *k'inich pa' witz* (soleada colina fortificada). Aguateca es un sitio fortificado y el glifo colina en la expresión es dividido, lo que corresponde a la fisura profunda que divide la cumbre del acantilado en donde se localiza Aguateca. Han sido identificados en Palenque, Tikal y otros sitios los nombres de lugares al interior de ciudades, incluyendo el nombre de edificios individualizados.

La mayoría de los textos del período Clásico tratan de los gobernantes mayas, cada uno referido como *k'uhul ajaw*, el señor divinizado o sagrado en sus glifos emblema.⁸ Los nombres de algunas de sus capitales han sido descifrados, incluyendo Mutul para Tikal, Oxwitik para Copán, Lakamha' para Palenque y Yaxa' para Yaxhá. Tal como Proskouriakoff lo demostró, muchos de los relatos reales incluyen la fecha de nacimiento del rey, representado por el glifo denominado “rana boca arriba”, hoy descifrado como el verbo “haber nacido” (*siyaj*). El glifo para la inauguración del reinado fue también identificado por Prouskouriakoff, al que se le apodó el glifo “dolor de muelas”, el cual ahora se lee con la palabra



maya *joy*. También el acceso al poder se denomina de otras maneras, como *ch'am K'awiil* o “recibir el K'awiil”, es decir el cetro real con la imagen de K'awiil, la deidad del relámpago; también como *chum-wan-i ti-l ajawlel* (se sienta en su dignidad real). Los nombres de los reyes individuales dan la clave para identificar el nombre del fundador dinástico y su lugar en una sucesión de la realeza para reforzar su legitimidad para gobernar. Algunos gobernantes mayas proclamaban su legitimidad política por medio del registro de sus relaciones genealógicas con previos reyes y reinas. Un glifo identifica “hijo de mujer” (*yal*) y otro “hijo de hombre” (*unen*).

Los reyes llegaban a ser transformados en seres sagrados o semi-dioses una vez que accedían al poder, y eran registrados en los textos con nuevos nombres que los identificaban con las deidades. Así, cuando un noble llamado K'uk' Mo' (Guacamayo Quetzal) recibió el cetro K'awiil, se convirtió en K'inich Yax K'uk' Mo' (Gran Sol Primer Guacamayo Quetzal), quien fue el fundador de Copán. Muchos reyes mayas tomaron el nombre del dios sol (K'inich) o de la deidad creadora (Itzamnaaj). Diversos gobernantes de Tikal y Copán eran dados en adoptar la deidad K'awiil en sus nombres reales, tal como Siyaj Chan K'awiil (Nacido del Cielo Dios Relámpago), en tanto los reyes de Naranjo preferían a Chaak (el dios de la lluvia), como en K'ak' Tiliw Chan Chaak (Fuego Ardiente Dios Lluvia del Cielo).

Los eventos importantes durante un reinado eran conmemorados tanto en textos tallados como en escenas plasmadas en los dinteles (*pakab*), en los edificios (*naah*), palacios o residencias (*yotoot*), templos (*wayib*) y baños de vapor (*pibnaah*). La más importante conmemoración incluía el “plantar” (*tz'ap*), una estela tallada o una gran piedra (*lakamtuun*), por lo general al final de un ciclo calendárico, como el k'atun, o períodos de medio k'atun o de cuarto k'atun.⁹ Las conmemoraciones del k'atun eran especialmente importantes, algunas veces señaladas por medio de “ataduras de piedra” puesto que vinculaban a los reyes mayas con los destinos de los ciclos del tiempo.¹⁰ Estas ceremonias incluían



rituales de dispersión de sangre (*chok*), que constituían en el ofrecimiento de incienso y de sangre (*ch'aaaj*). Otros rituales importantes conectaban al rey con deidades, reafirmando así su poder. Estos incluían los rituales de conjura (*tzak*); o convocar a un dios por medio de sangrar un miembro, por lo general el pene (*ch'ab*); o el rey asumiendo la imagen de un dios (*u-bahil ahn*); o transformarse en un dios usando la máscara de una deidad y ejecutando una danza (*ak'taj*) como si fuese el dios.

Los textos históricos a menudo incluyen títulos adicionales asignados a los gobernantes, para expresar sus logros, como en *aj* (veinte) *baak* (él, el de los veinte cautivos), o *ox k'atun ajaw* (el señor de los tres katunes), para honrar su prestigiosa edad. Algunos reyes tomaron el título *aj pitzal* (él, el del juego de pelota). Unos pocos soberanos poseían el título de *kaloomte'*, una especie de gran rey a menudo asociado con una de las direcciones del mundo, tal como *ochk'in kaloomte'* (el gran rey del oeste), usado en Tikal, o *xaman kaloomte'* (gran rey del norte), empleado en Ek Balam, en las tierras bajas del norte (Yucatán). Había también títulos para los señores subordinados que ayudaban en la administración de los reinos mayas bajo la autoridad del *k'uhul ajaw*, tal título era *sajal*. También existía el título *ch'ok ajaw* o *baah ch'ok*, el cual designaba a un joven heredero al trono. Así, se pudo interpretar que los reyes mayas eran líderes sacralizados que vivían en un definido universo cosmológico, pero que a su vez ejercían el poder de verdaderos reyes.

La victoria en la guerra era vital para un reinado exitoso y los logros en el campo de batalla eran debidamente registrados por los reyes mayas. Aunque se ha logrado descifrar el logograma primario que señalaba la derrota de un reino rival, no ha sido el caso para el desciframiento de su glifo fonético. El logograma es el llamado glifo de la “estrella de la guerra”, que incluye el signo de Venus o de un signo de estrella sobre el glifo emblema del reino vencido. En los textos descifrados la victoria de un rey sobre otro a menudo se expresa con la frase *jubuy u-took' pakal*, o “ellos cayeron, su sílex y su escudo”. Con frecuencia, la



importancia del éxito en la guerra era registrado por medio de la toma de cautivos, como en el verbo *chuk* (capturar), seguido por el nombre o nombres de los enemigos de alto estatus, los cuales eran a veces sacrificados durante las ceremonias de celebración de las victorias. Los reyes capturados eran inmolados por medio de la decapitación, registrado por medio del logograma (*ch'ak*), el “evento del hacha” (Sharer y Traxler, 2006, 134-152).

El desciframiento de los jeroglíficos mayas, permitió comprender que los mayas de la antigüedad no fueron pacíficos, como durante tanto tiempo se pensó. En realidad constituyeron una serie de sociedades monárquicas, cuyas obsesiones principales eran la sangre de su realeza (la descendencia) y la conquista militar. Se practicaba la tortura y el sacrificio humano de los enemigos capturados en las frecuentes guerras, todo comprobado por lo que los mayas del período Clásico contaron sobre ellos mismos en los textos descifrados. Todo esto se ha logrado saber gracias al desciframiento de los jeroglíficos.

Conclusiones

Al analizar el recorrido que lleva desde la escritura de la *Relación de las cosas de Yucatán*, en la década de 1560 hasta la labor realizada por Brasseur de Bourbourg trescientos años más tarde, es posible afirmar que muy poco se avanzó en el conocimiento de los jeroglíficos mayas. No obstante incluimos una digresión respecto de dos individuos que se adelantaron a Brasseur de Bourbourg: Constantine Samuel Rafinesque-Smaltz (1783-1840) y John L. Stephens (1805-1852).

El primero pudo observar la copia fidedigna de cinco páginas del Códice de Dresde que Alexander von Humboldt publicó en su portentoso atlas *Vues des Cordillères, et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, publicado en 1810 e igualmente el dibujo realizado por el dibujante Ricardo Almendáriz en la primera expedición arqueológica auspiciada por el rey Carlos III, a la ciudad maya de Palenque llevada a cabo en 1785, al mando del capitán de artillería Antonio del Río. Al estudiar el dibujo de Almendáriz del Templo de la Cruz, así como las



copias del Códice de Dresde en el libro de von Humboldt, Rafinesque entendió los valores de las barras y los puntos del sistema numérico maya, adelantándose a Brasseur de Bourbourg por más de tres décadas; sugirió que la lengua representada por esa escritura se hablaba todavía entre los mayas de Centroamérica y que por tanto, al conocer esta lengua sería posible descifrar manuscritos como el de Dresde. Señaló que una vez que se pudieran leer los manuscritos también se podrían leer las inscripciones monumentales. Y llegó a hacer la siguiente afirmación en el año de 1832:

Las inscripciones también son monumentos del más alto valor, aunque no podamos leerlas. Algunas de ellas lo serán en el futuro, puesto que las de Egipto tanto tiempo consideradas inexplicables, al fin han encontrado intérpretes. Lo mismo ocurrirá algún día por venir con las de América (Coe, 2010, 91).

En cuanto al estadounidense John L. Stephens, quien en 1839 se embarcó en la ciudad de Nueva York con rumbo a Centroamérica, tras haber sido informado por un librero de esa ciudad de las ciudades misteriosas en ruinas recién descubiertas en la América Central. Fruto de su viaje en compañía del arquitecto y artista inglés Frederick Catherwood, son los detallados dibujos de los monumentos de diversas ciudades en Honduras, Chiapas y Yucatán que elaboró el artista y que acompañan la excelente narración del explorador estadounidense.

Stephens estaba convencido de que las inscripciones en los monumentos de ciudades como Copán y Palenque, contenían el registro de las dinastías que las habían gobernado. Así llegó a afirmar:

Una cosa creo y es que su historia está grabada en sus monumentos. Ningún Champolión les ha dedicado todavía las energías de su espíritu estudioso. ¿Quién podrá leerlos?...La gente que erigió (estas ciudades) había publicado un registro de sí misma, mediante el cual algún día podríamos entablar discusión con una raza extinta y develar el misterio que flota sobre la ciudad (Coe, 2010, 93).



Por último, este autor afirmó que las inscripciones monumentales y el Códice de Dresde representan un solo sistema de escrituras. No obstante, como afirma Michael D. Coe, en la década de 1840 era imposible con los materiales disponibles haber descifrado aquella escritura (Coe, 2010, 96). Pasarían aún dos décadas antes de que Brasseur de Bourbourg encontrara en Madrid la *Relación de las cosas de Yucatán*, obra esencial para dar con la interpretación de dicha escritura. Pero, como se analizó en este artículo, aún pasaría un siglo antes de que Yuri V. Knózorov diera con la clave que abriría el camino hacia la comprensión integral de la escritura de los mayas.

Notas

1. El sistema de escritura maya es logofonético, pues está compuesto por logogramas y fonogramas. Los logogramas son signos que representan fonemas y contienen el significado de palabras completas. Los fonogramas son un conjunto de signos que expresan sílabas o vocales. La distinción entre logogramas y fonogramas es la base para desarrollar el análisis epigráfico.
2. Este término es de origen azteca, significa “parcela” y designa un trozo de tierra desbrozado y quemado, listo para la siembra.
3. Un K’atún es un período cíclico de veinte años en el calendario maya. Sharer & Traxler, 126-127.
4. Es la llamada fecha-era, cuando ocurrieron las sucesivas creaciones del mundo, acaecida en 4 Ajaw 8 Kunk’u, o sea el 13 de agosto de 3114 a.C.
5. Los glifos de cabeza, son figuras con formas de cabeza que se emplearon para escribir algunos números en vez del usual símbolo de puntos y rayas.
6. De logograma (del griego logos, palabra y grama escritura). El logograma es una unidad mínima de un sistema de escritura que por sí sola representa una palabra, lexema o morfema, una unidad con significado.



7. El sistema logosilábico maya combina alrededor de 550 logogramas (los cuales representan palabras completas) y 150 sílabogramas (que representan sílabas). También había alrededor de 100 glifos que representaban los nombres de lugares y los nombres de dioses. Unos 300 glifos eran los más usualmente empleados.
8. Diversos autores consideran que los reyes divinizados se asocian con los dioses y se colocan ellos mismos ocupando un rol central en el cosmos. En cambio, los reyes que basan su poder en su derecho sólo por su nacimiento y que no colocan al gobernante en la cúspide de la religión son sagrados, pero carecen del estatus de divinidad. De ahí deriva la sutil diferencia que separa a un rey divinizado de uno sagrado. Vid. Brisch, Nicole (ed.) (2012). Religion and Power. Divine kingship in the Ancient World and Beyond. The Oriental Institute, EE. UU.: The University of Chicago.
9. Los mayas llamaban a los días kin. Los períodos de veinte días recibían el nombre de winal; dieciocho winal eran equivalentes a un tun. Veinte tun conformaban un katún y, a su vez, veinte katunes conformaban un baktun.
10. Para los mayas el k'atun, constaba de 20 años de 360 días, lo que suma un total de 19.71 años solares. Durante el periodo Clásico (250-900 d.C.) dicho lapso recibía el nombre de winikhaab', término que significa "veinte años". Los mayas solían celebrar la terminación de esos ciclos mediante complejos ritos que incluían la erección de estelas y otros monumentos, que eran amarrados con sogas para ponerlos de pie. Esos actos recibían el nombre de k'altuun, "atadura de piedra", término del cual, según David S. Stuart, derivó el sustantivo yucateco k'atun (o más correctamente, k'atuun). Velásquez García, Erik. "El antiguo futuro del k'atun. Historia y profecía en un espacio circular", en: Arqueología Mexicana, Número 110 (Mayo-Junio 2010): 58-63. <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/el-antiguo-futuro-del-katun-historia-y-profeca-en-un-espacio-circular>



Bibliografía

- Berlin, Heinrich, “El glifo ‘emblema’ de las inscripciones mayas”, en: *Journal de la société des américanistes*, (année 1958), tome 47: 111-119.
- Blakemore, Erin (2016) “New Analysis Shows Disputed Maya “Grolier Codex” Is the Real Deal”, en: *Smithsonian Magazine* (September 15) <https://www.smithsonianmag.com/smart-news/maya-codex-once-thought-be-sketchy-real-thing-180960466/>
- Brisch, Nicole (ed.) (2012). *Religion and Power. Divine kingship in the Ancient World and Beyond*. The Oriental Institute, EE. UU.: The University of Chicago.
- Coe, Michael D. (2010), *El desciframiento de los glifos mayas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Landa, fray Diego (1986). *Relación de las cosas de Yucatán*. (Introducción de Angel Ma. Garibay). México: Editorial Porrúa.
- Demarest, Arthur (2004). *Ancient Maya: The rise and fall of a rainforest civilization*. United Kingdom: Cambridge University Press.
- Eggebrecht, Eva (2001). “En busca de vestigios: El descubrimiento de los mayas a través de la ciencia”, en: *Los mayas: una civilización milenaria*. (editado por Nikolai Grube), Colonia: Könemann.
- Fahsen, F. y Matul, D. (2007). *Los Códices de Dresde, París y Grolier*. Guatemala: Amanuense.
- Grube, Nikolai (2012). *Der Dresdner Maya-Kalender: Der vollständige Codex*. Freiburg: Verlag Herder.
- Grube, Nikolai (2001). “La escritura jeroglífica: la puerta de la historia”, en: *Los mayas: una civilización milenaria*.
- Martin, Simon y Nikolai Grube (2002). *Crónicas de los reyes y reinas mayas: La primera historia de las dinastías mayas*. Barcelona: Editorial Crítica.



- Sharer, Robert J. & Loa P. Traxler (2006). *The Ancient Maya*, EE.UU. California: Stanford University Press.
- Toral, Francisco (1963). «Tomo II». *Documento LXXXV en: Scholes, Francia y Eleonor Adams, Don Diego Quijada, alcalde mayor de Yucatán, (1561-1565)*. Antigua Librería Robledo.
- Velásquez García, Erik. “El antiguo futuro del k’atun. Historia y profecía en un espacio circular”, en: *Arqueología Mexicana*, Número 110 (Mayo-Junio 2010): 58-63.
- Whorf, Benjamin Lee (1975), *The Phonetic Value of Certain Characters in Maya Writing*. EE.UU.: Kraus Reprint Company.

